

Archivos de Walter Benjamin - Fotografías, textos y dibujos

Miguel Albero

Efímera

Prólogo de Juan Bonilla

f)L Fundación José Manuel Lara
Vandalia

Vandalia, 87

Con la colaboración de

**FONDO ANTONIO
LÓPEZ LAMADRID**

Director de colección: Jacobo Cortines

Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque,
Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Primera edición: abril, 2019

© Miguel Albero, 2019

© del prólogo: Juan Bonilla

© Fundación José Manuel Lara, 2019

Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Diseño y cubierta: Estudio Manuel Ortiz

Ilustración de cubierta: «Quis evadet?» (1775) de Hendrick Goltzius

Fotografía del autor: Fernando Albero

Maquetación: milhojas. servicios editoriales

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 315-2019

ISBN: 978-84-17453-24-4

Printed in Spain-Impreso en España

EL FUGITIVO

por Juan Bonilla

No sé si es el amigo al que he visto en más ciudades distintas (Roma, Madrid, San José, Tegucigalpa, Málaga, Sevilla) pero estoy seguro de que es el único con el que he cruzado –dos veces en un solo día– el Cerro de la Muerte. Esto, naturalmente, no dice nada ni de él ni de mí, pero es de lo primero que me he acordado cuando me he puesto, después de leer sus poemas, a escribir este perfil de Miguel Albero. Podría decir unas cuantas cosas de él: que tiene el mejor saque de todo el tenis que practican los escritores españoles, aunque su revés es bastante mediocre, que tiene los hijos más guapos de la literatura española actual, que posee el único ejemplar que conozco de la *Historia de la eternidad* de Borges de toda la bibliofilia hispánica, y disfruta de un gusto infaliblemente malo para el flamenco rebajado –es el único admirador que queda vivo de Junco, y eso que Junco, creo, sigue vivo–, aunque lo compensa con su conocimiento de la balada italiana y con el hecho de ser el único poeta actual que se sabe todo el repertorio de Los Delinquentes, donde tocaba un Bonilla... Pero prefiero no entrar en intimidades que me llevarían a una casa de San José desde la que se veía cómo un precioso animal de niebla se comía una montaña mientras tomábamos vinos y quesos o al vuelo, a punto de aterrizar en Tegucigalpa, en el que por un comentario de un pasajero me

enteré de que el aeropuerto centroamericano es de los más peligrosos del mundo porque le faltan doscientos metros para cumplir con la normativa internacional, o, sobre todo, al único poema que he escrito –en una aldea de pescadores de Senegal– tecleando en el móvil para celebrar la melodiosa juventud de Elena Herreros, tasadora de joyas y única persona que conozco capaz de llenar un salón para quinientas personas donde se presentaba un libro de Alberó (no entiendo cómo no la ficha alguna editorial para esas labores). Intimidades que van engarzándose unas a otras como las cerezas, porque pienso en ese salón lleno de gente donde se presentaba *Ya queda menos*, novela de Miguel Alberó, y recuerdo las carcajadas del público ante la intervención del novelista y esas risas en el aire me llevan a otras muchas en tantos sitios que detallarlas devoraría todo el espacio de esta nota. Quería empezarla dejando claro que somos amigos, o sea que lo que yo diga de su obra el lector deberá enfiarlo como guste, aunque me precio de ser sincero con los amigos –y muchas de las cosas que escriben mis amigos reciben puntual correctivo sin temor de que se pierda la amistad (si se pierde, no era tal amistad y valga decir que yo también recibo lo mío de mis amigos). Tan amigos que, y este es el último recuerdo personal que adjunto, cuando el Xerez, mi equipo, subió a primera división me gasté una fortuna en dos entradas de Tribuna para verlo en el Santiago Bernabéu, pero justo el día antes de viajar a Madrid se torcieron las cosas, y entre el ejército de amigos a los que podía hacer llegar las entradas para que me contaran el hecho histórico, no se me ocurrió a nadie que no fuera Alberó: madridista irredento, sabía que me contaría con delicadeza y precisión la goleada que íbamos a llevarnos. Pero dejo ya de hablar de mí, que voy a parecer Juan Goytisolo (escritor español del siglo pasado que cuando le dieron el premio Nobel a un autor turco escribió un memorable artículo que comenzaba: «Cuando Orhan Pamuk quiso conocerme...»).

Las notas biográficas de los libros de Miguel Albero ya dejan ver que el tono que impera en su obra es el humor: no tomarse en serio a uno mismo es el primer paso indispensable para abordar con seriedad equilibrada lo que sea, y los temas que aborda Albero son todos ellos graves. Retrató lo perdido que está la gente de nuestra edad en una novela que pasó desapercibida pero en la que cabían muchas carcajadas y que, a pesar de su extensión, es entre las suyas la que con más cariño recuerdo –quizá porque, al fin y al cabo editor de la misma, me la leí como cinco veces. Esas notas, que apenas enuncian su profesión, no permiten siquiera entrever una heroicidad (al menos yo la tengo por tal): alguien que cena en Singapur y desayuna cerca del Aconcagua, alguien que mantiene negociaciones en tres o cuatro idiomas y cuya agenda de contactos se queda a unas páginas de ganarle a la guía telefónica de Sevilla, es capaz de escaparse en plan Houdini de donde sea, para dedicar horas a una vocación invencible: la de escribir. Esa vocación lo convierte, algunas horas al día, algunos días, en un fugitivo, figura que representa bien tanto su lugar en el panorama literario como la propia índole de su obra. Ni la escasa circulación de alguno de sus mejores libros –la novela *Mal*, por ejemplo, publicada el año pasado, no apareció en ninguna lista de libros recomendados, ni siquiera en la de «novelas con la peor cubierta»–, ni la ausencia de su nombre en los listados que antologan a los poetas de su generación, parecen causarle la menor amargura, y si se la causan, consigue torearla con una ironía calcinante. Es evidente que cuando en las solapas de sus obras intuimos el buen humor de quien las redacta, la capacidad de no tomarse en serio ni ponerse grave, no está cediendo a ninguna pose encantadora. Miguel Albero, sencillamente, es así. La tradición de la que viene no solo fía en Borges su capacidad para entender el mundo como un interminable fuego de artificio donde el mapa ha sustituido al mundo, sino que la mezcla con la vertiente humorística –más mundana, menos cartográfica– que

viene de los novelistas ingleses –Waugh, Amis– y los españoles –mucho más frescos y legibles aún (Fernández Flórez, Camba) que autores presuntamente más importantes y ceñudos.

Su obra es un sendero que de momento se bifurca en muy distintos jardines –por jugar con el precioso título de un famoso libro de relatos de su autor favorito: la narrativa (cuatro novelas y un libro de relatos), el poema (este es su cuarto libro de versos) y el ensayo. En este último género ha cultivado una modalidad que mezcla, en sabroso cocktail, enciclopedia, reflexión y desenfado, de donde han emergido libros como *Enfermos del libro* –donde examina las diferentes ramas de la bibliofilia con una montaña de datos y de historias–, *Instrucciones para fracasar mejor* –que para llevarle la contraria a su autor ha sido su más evidente éxito–, *Godot sigue sin venir* –un precioso examen del arte de la espera–, *Roba este libro* y *Esto se acaba* –recién publicado, un diagnóstico severo sobre la liquidez de nuestra época líquida, donde el triunfo de lo efímero ha matado a la posteridad y donde a pesar de ello se trata de sacar consuelo y celebración, haciendo pie en un epicureísmo sonriente, de nuestra condición fugaz. Curiosamente –no sé si le parecerá mal al autor que lo diga– se da el caso de que algunos de esos ensayos nacían a la par que algunos de sus libros de poemas: se trata de un caso sin parangón, al menos que yo sepa. El autor va a tener mellizos, uno en prosa y otro en verso, obsesionado con un tema monográfico –que no monótono porque sabrá buscarle al tronco principal en que se fija ramas suficientes para llegar más lejos. De hecho creo que todo empieza con un poema que no es tal: el índice probable del ensayo futuro ya es en sí mismo un poema. El ensayo puede tener como meta el examen de «la espera» o el de «la fugacidad de todo» y por lo tanto la sustancia del tiempo, pero mientras dura la investigación del ensayista, de vez en cuando el poeta considera necesario hacerse presente y compone piezas que irán modelando un libro paralelo. Así, es evidente que el libro *Lista de esperas* es mellizo en verso de la prosa de

Godot sigue sin venir, como estos poemas de *Efímera* lo son de *Esto se acaba* (hasta el punto de que en una versión previa los poemas se incardinaban en los capítulos del ensayo).

Suele suceder que cuando un autor practica varios géneros –y casi todos los autores lo hacen, no es la excepción sino la norma, como es raro el arquitecto que sólo hace puentes, lo normal es que haga viviendas y fábricas– los lectores caigan en la tentación de comparar los resultados para decidir si el tal autor le gusta más como poeta que como narrador o prefiere al ensayista antes que al poeta. Poco dado a hacer carreras de caballos con los autores, tampoco se me da bien decidir si los cuentos de Borges me gustan más que sus poemas o si los dramas de Lorca son más Lorca que los poemas de Lorca. Me niego a caer en esas trampas, máxime en autor en el que tan visiblemente están relacionados unos libros con otros. En efecto los poemas de Alberro podrían barajarse sin temor en sus ensayos –y hasta en algunos momentos de sus novelas– de igual modo que algunos fragmentos de sus ensayos podrían ser amputados de donde están para caer en alguna de las páginas de sus libros de poemas. La poesía de Alberro es recia, no teme contaminar sus cotas de lirismo con prosaísmo, se tiene prohibido incurrir en la bonitura y de vez en cuando, sin que le tiemble el pulso, se atreve con algo que apenas asomará en sus novelas y ensayos: la brutalidad. Sin duda, si en todos hay un Dr. Jekyll y un Mr. Hyde, Alberro deja pasear al Hyde que lleva dentro en sus poemas, en sus mejores poemas diríamos, que tienen mucho más que ver con Fonollosa que con Borges. Aquí, fijando su atención –su microscopio, herramienta indispensable de todo poeta que lo sea de verdad, capacitado para ver en la superficie de las cosas la hondura que tienen– en lo fugaz, encabezando el libro con información acerca de un insecto que vive un solo día –como usted, como yo–, va haciendo tenaz repaso de los milagros de lo fugitivo –que permanece y dura en el mármol ilusorio del poema–: del amor de verano a la

espuma de las olas y la de los días. Palabra en el tiempo que –por su energía antipoética, quiero decir que su poesía es alérgica a la idea de poesía como arma embellecedora con la que tunear la realidad– va tallando epitafios de las cosas, las experiencias, la vida, para agarrar al menos la sensación de que se ha vivido. Al fin y al cabo, lo decía Eliot o lo citaba Eliot, todo poema es un epitafio. Y sabemos que debajo de un epitafio hay un muerto que nos está hablando, alguien que fue lo que somos y es lo que seremos. Un asunto grave, como digo, tratado aquí con la misericordia desenfadada de quien ha entendido que la poesía es fundamentalmente una forma de compañía con la que nos enfrentamos, todo lo encendidamente que podemos, al hecho de nuestra propia duración. Por eso, el libro, como todo libro elegíaco, es un imponente canto a la vida. Se canta lo que se pierde, dijo un grande, y otro le respondió: solo de lo negado canta el hombre / solo de lo perdido. La sensación que dejan estos poemas de Albero –cosa que ya pasaba en *Sobre todo nada*, su primer libro de versos– es paradójica: dando por hecho que estamos hechos de pura pérdida, instante que ya no se va a repetir, eternidad ficticia, inyectan ganas de celebrar lo poco que somos, instalan en esa conciencia de fugacidad la certeza de que, al fin y al cabo, somos, como el insecto que vive un solo día, un auténtico milagro. Una sola cosa no puede consentirse un poeta, dijo Paul Celan: pactar con la muerte. Y a ello se aplica Albero en sus poemas con deliciosa eficacia. Ahora entiendo por qué, después de leer su libro, me he acordado de aquel día en que cruzamos dos veces, entre risas, el Cerro de la Muerte.